

# ¿Por qué no sirve para nada la poesía?

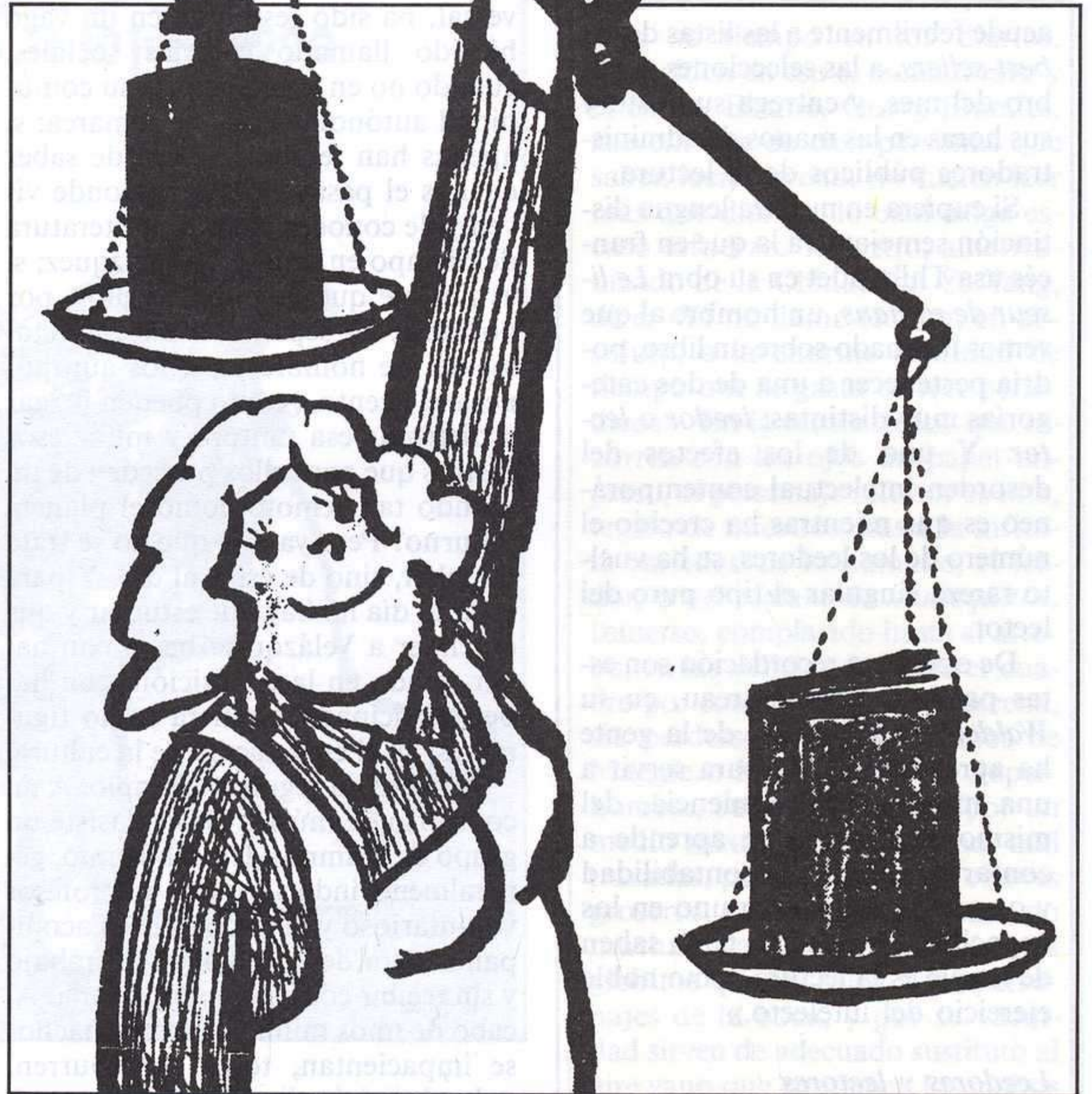
por Luis García Montero\*

*A continuación reproducimos una conferencia leída por García Montero en la Biblioteca de Andalucía, en Granada, en 1992, y recogida en el libro ¿Por qué no es útil la literatura? (Hiperión, 1993). En ella, el escritor hace un lúcido y ponderado elogio, más que defensa, de la lectura y, concretamente, de la poesía. Su mensaje final es éste: «Yo les aconsejo el mundo de los libros, por ejemplo el mundo de los libros de poesía, porque son una buena provincia de libertad y un buen fuego para pasar el invierno».*



**Q**ue un novelista pronuncie la primera conferencia de un congreso de literatura

puede ser tan razonable, y al mismo tiempo tan extraño, como que un atracador inaugure un congreso de criminalistas o que una bacteria participe en las conversaciones de los microbiólogos. Los novelistas, y en eso se parecen a los atracadores y a las bacterias, saben más que nadie de ciertas interioridades de su condición, pero son poco amigos de contarlas. En cuanto a los profesores de literatura, como los criminalistas y los microbiólogos, tienden a veces a pensar, desdichadamente con razón, que los objetos de sus desvelos no son conscientes del trabajo que dedican a ellos. Creo que este malentendido mutuo procede de esa absurda y rígida separación que ha venido estableciéndose en España entre lo que se llama educación y lo que se llama cultura. Los escritores muertos o momificados por la gloria pertenecerían, para entendernos, al reino de la educación, y los vivos al de la cultura, según aquel siniestro refrán del muerto al hoyo y el vivo al bollo. El muerto al hoyo de los manuales, de los apuntes y de los comentarios de texto, y el vivo al bollo exiguo, pero en ocasiones sustancioso, de las conferencias de postín y de los premios y los convites oficiales. ¿No hay un Ministerio de Educación y otro de Cultura? Para ahondar más las diferencias, debe anotarse que la Cultura es el ámbito del prestigio, mientras que la Educación, sobre todo la pública, cada vez sufre una degradación y un descrédito mayores, que padecen por igual quienes la imparten y quienes deberían ser sus beneficiarios. La cultura es un escaparate y una coartada, en ocasiones de lujo. La educación es un oficio que ha sido despojado en los últimos años de toda su dignidad pública y de gran parte de su legitimidad moral. No es necesario saber, pero sí estar al día. Más que el maestro ilustrado e irónico impor-



CESC, 16a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1992.

ta el nebuloso gestor de actos culturales. Los planes de estudio y las terribles reformas educativas, que tienen la infatigable virtud de empeorar todo desastre, marginan cada vez más a los saberes humanísticos, pero al mismo tiempo ese poder que perpetra lo que alguna vez he llamado la exaltación de la ignorancia se inviste de cualquier manera y a cualquier precio de los oropeles más lujosos de la Cultura. Les pondré un ejemplo que me parece de una claridad aleccionadora. Hace unos meses se celebró en Madrid una magnífica exposición de Velázquez a la que acudieron no sé cuántos cientos de miles de alumnos de enseñanza primaria —discúlpeme si me niego a la hortera de las si-

glas— y de institutos de bachillerato. En apariencia era una oportunidad de encuentro entre esos dos ámbitos ajenos de la educación y de la cultura. Pero, dejando a un lado que la mayor parte de los cuadros pueden verse diariamente en el Prado y que las colas y las multitudes difícilmente permitían la contemplación serena de tantas obras maestras, cabe preguntarse con tranquilidad en qué medida estaban adiestrados la mayor parte de los alumnos para mirar y entender la pintura. Si desde los primeros años de la escuela no se han desarrollado en ellos sus habilidades casi innatas para el dibujo y la valoración del color; si en los planes de estudio la Historia de España, por no decir la Historia Uni-

acude febrilmente a las listas de los *best-sellers*, a las selecciones del libro del mes, y entrega su gusto y sus horas en las manos de administradores públicos de la lectura.

Si cupiera en nuestra lengua distinción semejante a la que en francés usa Thibaudet en su obra *Le li-seur de romans*, un hombre al que vemos inclinado sobre un libro, podría pertenecer a una de dos categorías muy distintas: *leedor* o *lector*. Y uno de los efectos del desorden intelectual contemporáneo es que mientras ha crecido el número de los leedores, se ha vuelto rara singular el tipo puro del lector.

De oportuna recordación son estas palabras de Thoreau, en su *Walden*: «La mayoría de la gente ha aprendido a leer para servir a una mezquina conveniencia, del mismo modo que se aprende a contar para llevar la contabilidad y que no le engañen a uno en los negocios; pero poco o nada saben de lo que es la lectura como noble ejercicio del intelecto.»

## *Leedores y lectores*

La galería de leedores es copiosa. El estudiante que se desoja en víspera de examen sobre el libro de texto; el profesor que trasnocha entre tratados, acopiando datos para su elección; la matrona que, parada junto al fogón, recita en voz alta las instrucciones coquinarias que conducen al suculento plato; el funcionario en retiro que demanda a las páginas del libro la mejor manera de invertir sus ahorros; o la dama, muy cursada ya en la treintena, que se retira al secreto de su tocador y corre renglón tras renglón en procura de experimentados avisos que la devuelvan sus gracias fugitivas; todos ellos —y mil más no pasan de leedores.

Leedor, y también, el que em-

versal, ha sido resumida en un vago híbrido llamado ciencias sociales, cuando no en la historia de su comunidad autónoma o de su comarca; si apenas han tenido ocasión de saber cuál es el pasado del país donde viven y de conocer y gozar la literatura del tiempo en que vivió Velázquez; si es posible que muchos de ellos, por no saber, no sepan escribir correctamente ese nombre y menos aún ponerle el acento, ¿cómo pueden juzgar y disfrutar esa pintura y mirar esos rostros que para ellos proceden de un mundo tan remoto como el planeta Saturno? Pero ya dije que no se trata de saber, sino de estar al día. Y para estar al día no hay que estudiar y que entender a Velázquez: basta con haber estado en la exposición, con haber participado, siquiera como figurantes, en el espectáculo de la cultura.

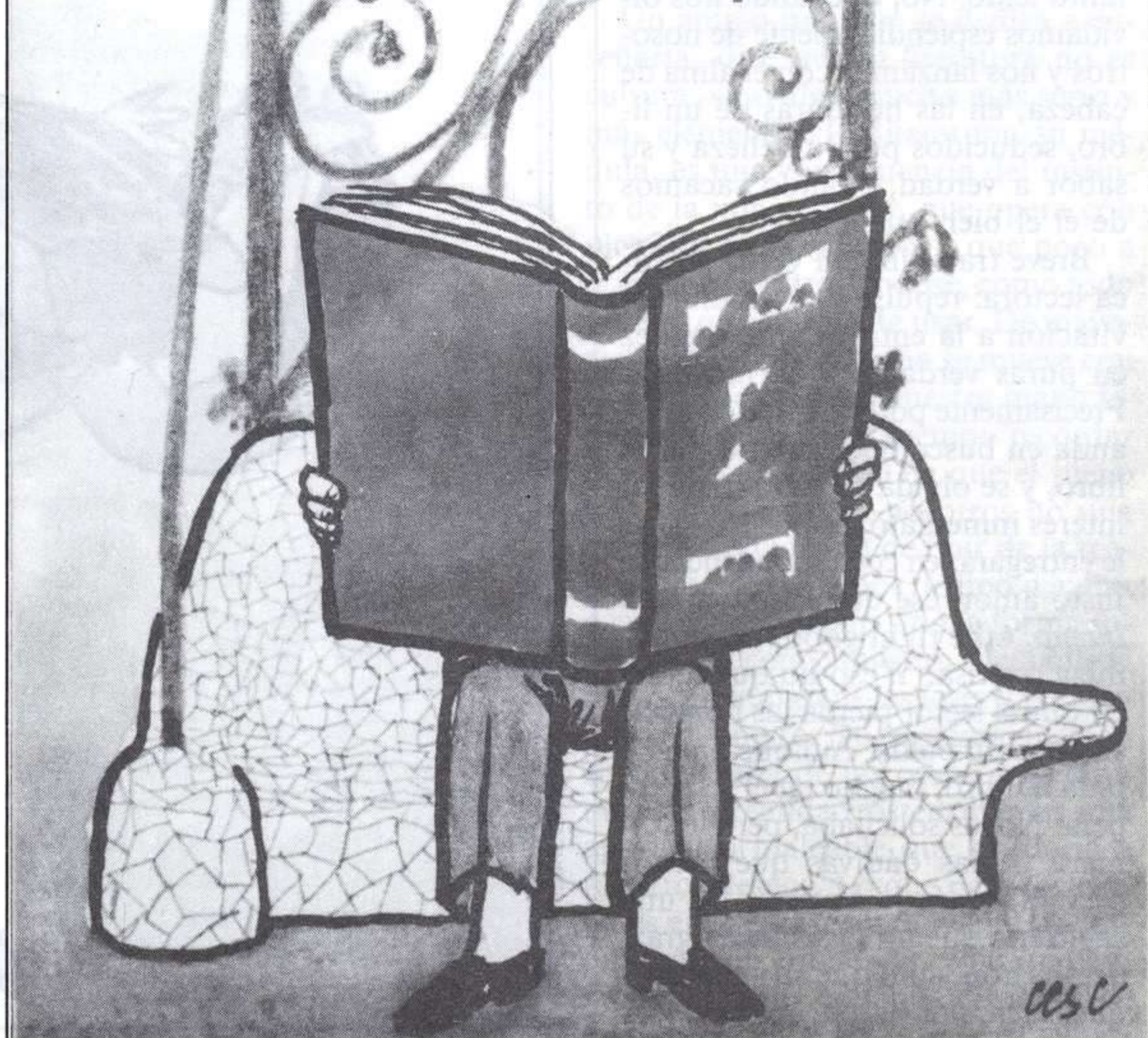
Añadiré un segundo ejemplo. A un concierto de música clásica asiste un grupo de alumnos de bachillerato, generalmente inducidos por un profesor voluntarioso y heroico que los acompaña fuera de su horario de trabajo y sin recibir compensación alguna. Al cabo de unos minutos los muchachos se impacientan, tosen, se aburren, aplauden a destiempo, provocan miradas de disgusto de los acomodadores y de los entendidos. Es inútil llevarlos, dirán, porque no entienden de música, porque ni les interesa ni tienen sensibilidad. Invadido por los bárbaros el ámbito de la cultura, sin más remedio hay que reintegrarlos al gueto de la educación. Y con una estupidez muchas veces aliada al cinismo, al repudio le sucede el lamento. La gente no tiene oído, la televisión y los deportes los han embrutecido, se organizan exposiciones que permanecen desiertas y conciertos a los que no acude casi nadie, se publican libros y no se venden ni se leen más que los éxitos más zafios, nuestros índices de lectura son, y aquí viene la repulsiva y extendida palabra, tercermundistas. Y aceptado este hecho sin molestarse en indagar sus razones, se acentúa sin

embargo el gran carnaval de la alta cultura y se abandona a su suerte a quienes viven extramuros de ella, a los que nunca amarán la ópera ni leerán a Joyce ni merecerán comprender, por ejemplo, la pintura de vanguardia. Los escritores se lamentan de la falta de lectores, los concejales de cultura comprueban con resignación que sus salas de conferencias permanecen vacías, pero nadie parece darse cuenta de que la razón de que no exista esa asidua multitud a la que llamamos el público está en el gran foso abierto entre la educación y la cultura, entre el saber y el estar al día, entre el trabajo lento, disciplinado y sólo fértil a muy largo plazo y la pirueta instantánea concebida para recibir al día siguiente el halago de un titular de periódico y condenada a extinguirse sin dejar ni un rastro de ceniza. Con frecuencia, por un impulso de militancia residual que me queda de los tiempos en que estaba convencido de que la voluntad libre y la solidaridad de los hombres podían hacer más habitable el mundo, voy a dar conferencias a institutos de bachillerato, y siempre compruebo, con tanto entusiasmo como melancolía, una doble verdad. Primero, que en esas aulas está el mejor público que puede desear un escritor, el más receptivo, el más limpio de vanidad y de prejuicios; segundo, que hay muy pocas cosas tan hirientes como el contraste entre el dispendio ilimitado de las ceremonias culturales organizadas por cualquier ayuntamiento, diputación o comunidad autónoma y la penuria absoluta en que casi siempre se desenvuelven los centros públicos de enseñanza. Pero ya saben que el nuestro es un país en el que al mismo tiempo que se celebran conciertos de las mejores orquestas del mundo los conservatorios de música se encuentran en condiciones nigerianas.

Se preguntarán por qué todavía casi no he hablado de literatura. Pero lo cierto es que desde el principio no he parado de hacerlo, pues no es posible

# 14a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA

Passeig de Gràcia / 1-10 juny 1990



reflexionar sobre el sentido de la literatura sin establecer las condiciones precisas en que se produce y las relaciones entre el acto de escribir y el acto de leer, entre la solitaria invención de un libro y la reinención simétrica que a su vez lleva a cabo el lector, ese personaje desconocido, imprevisible y con frecuencia inexistente. Si la literatura, como tiende ahora a creerse, es un adorno, un fetiche de prestigio para pavonearse ante los ojos embobados de la tribu, si es una materia fósil y apartada de la vida que sólo puede interesar a los eruditos, entonces tienen razón quienes la desdennan y quienes poco a poco la eliminan de los planes de estudio, y también tiene razón esa abrumadora mayoría del público que jamás se interesa ni se interesará por ella. Si la literatura es superflua, ustedes y yo,

que de un modo u otro nos ganamos la vida gracias a ella, tendremos razón si nos sentimos impostores y si en rachas de desaliento pensamos que carece de sentido u oficio que a nadie más que a nosotros le importa. Recuerdo que cuando yo estudiaba sexto de bachillerato, la clase de literatura consistía en una ceremonia entre tediosa y macabra. Un profesor de cara avinagrada subía cansinamente a la tarima con una carpeta bajo el brazo, tomaba asiento con lentitud y desgana, abría la carpeta y comenzaba a dictarnos una retahíla de fechas de nacimientos, títulos de obras, características de diversa índole y fechas de defunción que era preciso copiar al pie de la letra, porque en caso de que no supiéramos el año de la muerte de Calderón de la Barca corríamos el peligro de suspender el examen. Afor-

plea su tiempo en los diarios. Coinciden en eso el escandinavo y el chino. El uno, Georg Brandes, asevera que de cien personas que saben leer, noventa no suelen leer más que diarios, lo cual exige escaso esfuerzo. Y el otro, americano de la China, Lin Yu Tang, dice: «Yo no llamo lectura, en absoluto, a la enorme cantidad de tiempo que se gasta en leer periódicos». En la escala de los que recorren con los ojos un papel impreso, el personaje inferior es uno, regalo de nuestros días a la infinita variedad de lo humano, el lector, o «el vista», de *muñequitos*. Inmerso, complacido hasta el arrebato, en las delicias de recorrer cuadro por cuadro, escena por escena, sin perderse una, los trabajos de Maggie o las hazañas del Superhombre, sus ojos avanzan por un medio mixto, parte imágenes mal trazadas, pintarrajeadas de colores groseros, parte palabras; éstas, no muchas, van encerradas en unos globitos que les salen a los personajes de la boca, y por su vacuidad sirven de adecuado sustituto al aire vano que contienen los globos de veras. El veedor o el lector de semejante cosa recuerda al anfibio, que entra y sale de lo leído, insignificante, a lo visto, vulgarísimo, sin saber nunca a derechas por dónde se anda. ¿Mira, lee, promiscúa? Pero atrevido sería decir de estos ciudadanos, doblados, regocijados, sobre el papel, que están leyendo. Ni siquiera rozan por lo bajo los cielos y lecturas a donde se transporta el lector de verdad, ya que las actividades superiores del alma no asisten, están de sobra, en esta jenízara operación visual. Comparo al aficionado a los *muñequitos* al denodado masticante de chicle, por cuantos ambos no ahorran esfuerzo ni tiempo en sendas operaciones que parecen las dos dirigidas al noble menester de

la nutrición, ya corporal, ya del espíritu; cuando en realidad nada de provecho pasa al estómago del uno ni a la cabeza del otro, y los dos se hermanan en su posible comparación con el desdichado animal que voltea y voltea la noria, sin que se le importe que el pozo esté seco.

Frente a estas legiones, en escasa minoría, los lectores. Se define el lector simplícisamente: el que lee por leer, por el puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estar con él horas y horas, lo mismo que se quedaría con la amada; por recreo de pasarse las tardes sintiendo correr, acompasados, los versos del libro, y las ondas del río en cuya margen se recuesta. Ningún ánimo, en él, de sacar de lo que está leyendo ganancia material, ascensos, dineros, noticias concretas que le aúpen en la social escala, nada que esté más allá del libro mismo y de su mundo.

### Tratadillo en verso de ética lectora

En su poema *Aurora Leigh*, una gran lectora, bastante leída, la poeta, por derecho propio y por régimen de gananciales, Elizabeth Barrett Browning escribió:

Mark, there. We get no good  
By being ungenerous, even to  
[a book,  
And calculating profits, —so much  
[help  
By so much reading. It is rather  
[when  
We gloriously forget ourselves  
[and plunge  
Soul-forward, headlong, into a  
[book's profound,  
Impassioned for its beauty and salt  
[of truth—  
'Tis then we get the right good  
[from a book.

«Fíjate bien. Ningún bien se saca de no ser generoso, ni siquiera con un libro, y calcular las ga-

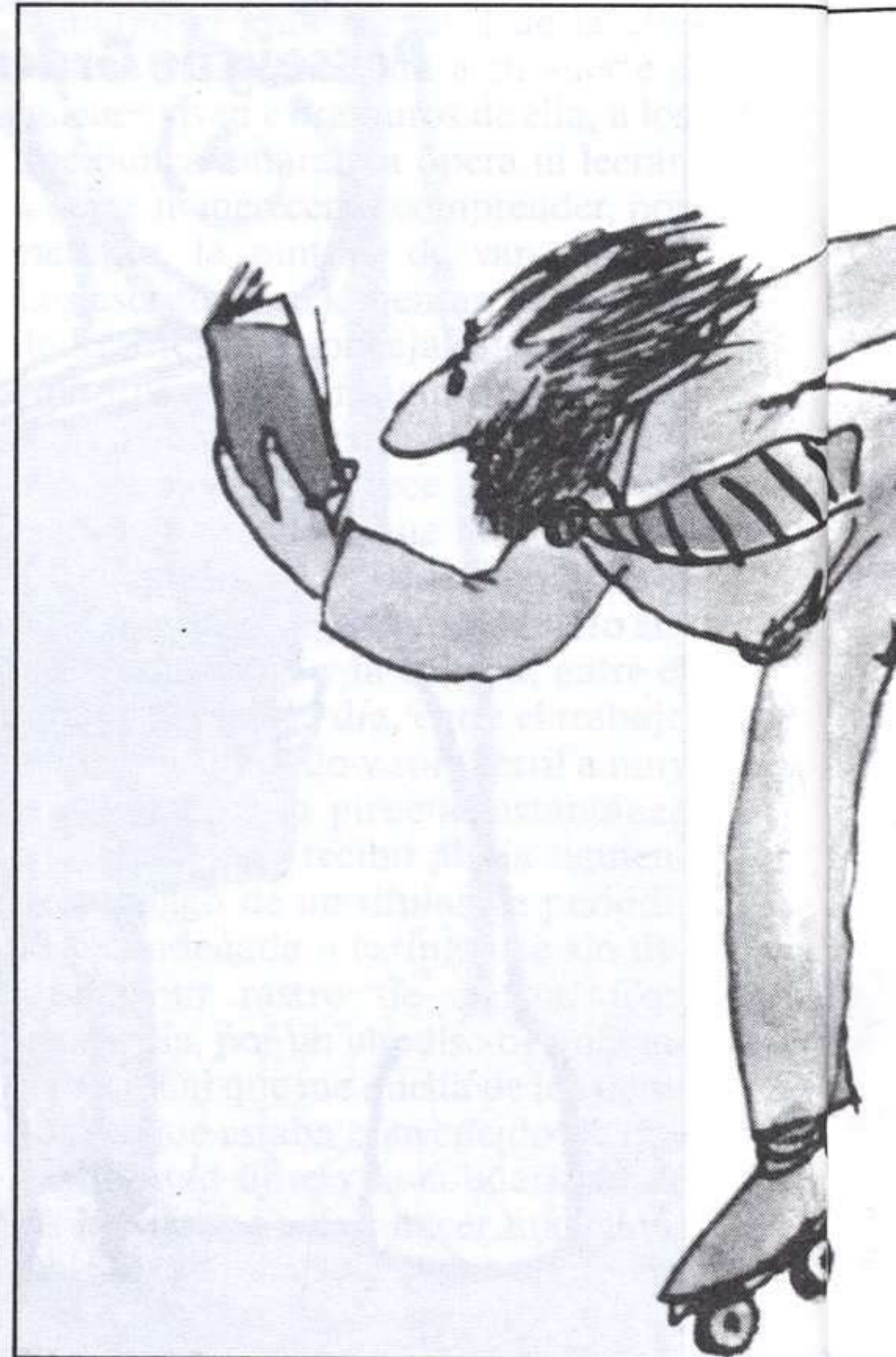
nancias: tanta ayuda ganada por tanto leído. No; es cuando nos olvidamos espléndidamente de nosotros y nos lanzamos con el alma de cabeza, en las honduras de un libro, seducidos por su belleza y su sabor a verdad, cuando sacamos de él el bien bueno.»

Breve tratadillo en verso de ética lectora: repulsa del cálculo, invitación a la entrega, embriaguez en puras verdades y hermosuras. Precisamente porque el lector no se anda en busca de granjería por el libro, y se olvida de todo material interés inmediato, es por lo que se le entregará, en correspondencia de justo amor, ese que llama el *bien bueno*, «the right good», la enfermedad poetisa. Y eso no quiere decir que el lector pierda las horas de su alma en balde. Aunque nada le pida al libro, mucho en él se le espera. No las solicitaba, pero le colmará de las dádivas que menos preveía y más le alegran. De una sabiduría que no se arranca agraz, de un tirón, sino que se aguarda a que caiga, por propia sazón, de las palabras. Paga el libro el desprendimiento del lector en la misma manera sin mina, sin cuño de emperador, la que invita a la caridad, a darla, y no a la avaricia. Estas nupcias felicísimas del buen libro y el buen lector nunca pueden ser matrimonios por dinero o bodas de conveniencia: a ellas se va por amor puro.

Y el libro conoce al que se acerca —si viene para bien, como dicen en Castilla— y no le negará nada que le pueda dar.

Quedéme y olvidéme  
el rostro recliné sobre el Amado.

Estas palabras, del más alto poema español, me salieron al ánimo el día que descubrí, delante de mis ojos, al lector puro, más que con la cabeza inclinada sobre las pági-



tunadamente para mí, a esa edad yo ya estaba enfermo sin remedio de literatura y había tenido ocasiones espléndidas de disfrutarla, pero comprendo que para mis compañeros de clase, cuyas únicas noticias sobre la materia eran las que nos daba aquel lúgubre profesor, la literatura sería ya para siempre odiosa. Y del mismo modo que la educación religiosa del franquismo fue una espléndida cantera de librepensadores precoces, la educación literaria era, y en ocasiones sigue siendo, una manera rápida y barata de lograr que los adolescentes se mantuvieran obstinadamente alejados de los libros.

A nadie le interesa aprender cosas inútiles. Desde que nacemos nuestra necesidad de aprendizaje está ligada a nuestro instinto de supervivencia. Queremos saber lo que nos resulta ne-



10a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1986.

cesario, y buscamos fuera de nosotros lo que existe como un esbozo o una intuición dentro de nosotros mismos. Por eso sólo amaremos los libros si nos damos cuenta de que no son inútiles y de que pertenecen al reino de nuestra propia vida. Leer no es hacer méritos para aprobar un examen ni para demostrar que se está al día. Un libro no se puede adquirir por lo que se compra un temario de oposiciones o una camisa de moda. Un libro verdadero —porque también hay libros impostores— es algo tan material y necesario como una barra de pan o un jarro de agua. Como el agua y el pan, como la amistad y el amor, la literatura es un atributo de la vida y un arma de la inteligencia y de la felicidad. Pero no hay que culpar a la mayor parte de los posibles lectores de que no lo sepan. Tampoco parecen sa-

berlo muchos escritores, o si lo saben lo guardan en secreto.

Un amigo mío que se dedica a enseñarla, dice que la literatura no es cultura, sino algo mucho más serio y más elemental. La literatura, su médula, es una consecuencia del instinto de la imaginación, que opera con plenitud en la infancia y que poco a poco suele ir atrofiándose, como todo órgano que se deja de usar. De mayores nuestra imaginación se mueve con tanta torpeza como nuestra mano izquierda, y ya no sabemos recordar que hubo un tiempo en que el juego y la fábula eran en nosotros no una manera desmañada de huir de la realidad cuando tenemos tiempo o ganas o cuando nos dejan, sino la forma soberana del conocimiento. Mediante el juego aprendíamos las leyes y las normas del mundo. Nuestra imaginación se apoderaba de las cosas, transmutando su realidad ostensible en una apariencia maleable que obedecía a nuestros deseos. Lo que para los mayores era siempre un desván o un jardín también era desván y jardín para nosotros, pero teníanos el poder de convertirlo en gruta y en selva. Nuestro padre, que según luego descubrimos con cierta decepción es un hombre común, entonces era un héroe y un gigante bondadoso o temible. El tiempo, ahora tan fugitivo, tan cuadrículado en horas y en minutos, era tan vasto entonces como el tamaño que tienen las habitaciones del pasado en nuestro recuerdo. Para los griegos del tiempo de Hesíodo la poesía era la expresión más detallada de las leyes de la naturaleza. Del mismo modo, en esa edad de oro de la que todos somos supervivientes mediocres, nuestra primera infancia, placer y aprendizaje, juego y verdad, imaginación y descubrimiento, eran términos sinónimos. Como los pueblos primitivos, nuestra forma de conocimiento era la mitología: el papel que ésta ocupa en la memoria y en la vida cotidiana de una tribu amazónica la ocupaban los cuentos en nuestra in-

nas, con la faz vuelta hacia lo amado. La terrenal Browning, el San Juan Divino, usan los dos el mismo concepto, *olvidarse*. Y por eso, por la necesidad del olvido, escasa hoy tanto el lector. El hombre de hoy, entre otras muchas desgracias, no puede olvidarse, ni sobre lo amado. Los mil ojos del tiempo dividido, los ojillos del minuto, los ojazos de las horas, le espían desde su propia muñeca. Leer se ha vuelto grave dificultad.

#### *Ámbito del lector*

Si la lectura pide tiempo, tiene su tiempo, ¿no demandará también un espacio suyo, en el mundo, un ámbito propio? Y, entonces, ¿no resultará ya favorecida, ya contrariada, según las facilidades que el mundo y la sociedad la ofrezcan para lograrse ese espacio? Aquí empiezan a diferir las opiniones. A un cabo, nos encontraremos con el lector melindroso, para el cual no es posible la lectura como no coincidan en torno suyo toda suerte de circunstancias favorables, de bienestar físico, de comodidad material. Al otro extremo, el indiferente tomará esto por mera exquisitez y remilgo, afirmando que todos los lugares, lo mismo el claustro que la imperial del tranvía, son indistintamente acogedores para el lector. Parece de razón conceder un cierto margen de discrepancia, fundado en las diferencias entre las personas y sus variables capacidades de no darse por enterados de lo que pasa por su alrededor. Concedido esto, aún sigo creyendo en la existencia de ese *espacio de la lectura*.

Pide la lectura su ámbito al mundo, como se lo exigen los pulmones al aire para vivir. Necesita el lector crearse su hueco, instalarse en un especial habitáculo, que va-

ría infinitamente según la persona, y que lo mismo puede hallarse bajo techo, y abrigado, que al cielo raso y a los cuatro vientos. Esa *área* del lector hay que ganársela al espacio total que nos circunda y apropiársela momentáneamente. Se trata de sustituir el espacio comunal, indiferente, por una órbita personalizada, diferenciada, sin fronteras visibles, pero sí sensibles para el espíritu delicado.

Semejante ámbito de lectura lo conquista y aneja el lector no para sí mismo en cuanto persona, sino como leyente; es decir, para el libro, para sus acciones y personajes. Porque hay un punto en que el mundo actual y presente debe detenerse: allí da comienzo el otro, el que el libro crea, y al que invita o arrastra al lector, mundo de tiempo distinto y de hechura irreal. Que tal recinto de lectura no se pueda medir cúbicamente, que los materiales que le componen sean difíciles de precisar —ya que los hay de orden físico y de orden psicológico— y muy variables, puesto que algunos de ellos son perceptibles para muchos, y otros apreciables sólo para ciertas personas, no quiere decir que no exista. El libro tiene que desplazar una parte de la atmósfera que nos rodea, y plantar allí la suya. Se objetará que tal área es de condición puramente espiritual; pero como todo lo espiritual, necesita ciertas avenencias y concordias con el mundo de la materia, del cual no es separable más que por analítica operación intelectual. Como lo dijo Góngora del sueño, se puede decir de la lectura:

En su teatro sobre el viento armado  
Sombras suele vestir de bulto bello.

fancia. A medida que crecemos y que empezamos a adiestrarnos para el trabajo, para la mansedumbre y para la infelicidad, el hábito de la imaginación se vuelve peligroso o inútil, y sin darnos cuenta lo vamos perdiendo, no porque éste sea un proceso tan natural como el del cambio de voz, sino porque hay una determinada y eficaz presión social para que no nos convirtamos en seres saludables y felices, sino en súbditos dóciles, en empleados productivos, en lo que antes se decía hombres de provecho. Se rompe entonces lo que al principio estuvo unido, se trazan las fronteras rigurosas que ya seguramente no sabremos romper, y el juego, la fábula, la imaginación, quedan despojados de su soberanía y convertidos en proscritos o, lo que es peor, en bufones, como esos jefes sioux que después de la rendición de sus tribus lanzaban sus gritos de guerra y se pintaban la cara no para cabalgar con libertad y orgullo por praderas ilimitadas sino para actuar de comparsas en el circo sinietro de Buffalo Bill.

Pero la imaginación es muy fuerte y tarda en ser vencida. Yo creo que el período de nuestras vidas en el que se

libra la batalla más difícil, que también resulta ser la definitiva, transcurre al final de la infancia y en la adolescencia, y no es casual que sea en ese tiempo cuando nos aficionamos a la literatura y a la rebeldía y cuando se decide inapelablemente nuestro porvenir. Es entonces cuando los libros, si nos han educado para acercarnos a ellos, nos importan más, porque intuimos que ocupan un lugar estratégico en la disputa, con frecuencia desconcertada y amarga, entre la realidad y el deseo, que por desgracia ya no son evidencias iguales. Estoy convencido de que el escritor lo es en la medida en que al crecer ha seguido guardando consigo el fuego sagrado de la imaginación, el impulso antiguo y nunca desfallecido por interpretar el mundo no mediante el análisis sino mediante la fábula, y de suspender de vez en cuando las leyes inflexibles de lo evidente para mirar al otro lado y descubrir lo que las apariencias aceptadas ocultan. Pero hay veces en que la literatura, fingiendo ser leal a la imaginación y a sus severas responsabilidades —pues no hay responsabilidad mayor que la de conocer el mundo y averiguar qué lugar ocupa en él nues-



CESC, GUIATGE, BARCELONA: TEIDE, 1981.

tra propia vida—, en realidad se ha convertido en criada, y emplea la ficción no para decir la verdad, sino para mentir, y establece un juego que es profundamente tramposo porque para lo que sirve es para enajenarnos de la verdadera vida, para no dejarnos distinguir entre los fantasmas y los seres reales, entre las voces y los ecos. Los juegos y los cuentos nos enseñaban a vivir, igual que los mejores libros. Esa literatura farisea contra la que yo quisiera estar siempre en guardia a lo único que nos enseña es a permanecer encerrados, a desconfiar de la vida e incluso a desdeñarla. La literatura que importa, ya lo dije, es como el agua y como el pan, y su lectura nos contagia el vigor de la lucidez. La literatura de simulacros es como un narcótico que nos induce a la pasividad de los fumadores de opio. Comprenderán que es natural que esta última sea la más alabada. Comprenderán también que desde mi punto de vista la tarea del que se dedica a introducir a los adolescentes en el reino de los libros es la de enseñarles que éstos no son monumentos intocables o residuos sagrados, sino testimonios cálidos de la vida de los hombres, palabras que nos hablan con nuestra propia voz y que pueden darnos aliento en la adversidad y entusiasmo en la desgracia. Decía Ortega y Gasset que los grandes escritores nos plagian, porque al leerlos descubrimos que están contándonos nuestros propios sentimientos. En este sentido, yo no creo que el escritor sea alguien aislado de los otros y singularizado por el genio o por el talento. El escritor, más bien, es el que más se parece a cualquiera, porque es aquel que sabe introducirse en la vida de cualquier hombre y contarla como si la viviera tan intensamente como vive la suya propia.

La literatura, pues, no es aquel catálogo abrumador y soporífero de fechas y nombres con que nos laceraba aquel profesor del que les hablé antes, sino un tesoro infinito de sensa-

ciones, de experiencias y vidas que están a nuestra disposición igual que lo estaban a la de Adán y Eva las frutas de los árboles del Paraíso. Gracias a los libros nuestro espíritu puede romper los límites del espacio y del tiempo, de manera que podemos vivir al mismo tiempo en nuestra propia habitación y en las playas de Troya, en las calles de Nueva York, en las llanuras heladas del Polo Norte, y podemos conocer a amigos tan fieles y tan íntimos como los que no siempre tenemos a nuestro lado pero que vivieron hace cincuenta años o veinticinco siglos. La literatura nos enseña a mirar dentro de nosotros y mucho más lejos del alcance de nuestra mirada. Es una ventana y también un espejo. Quiero decir: es necesaria. Algunos puritanos la consideran un lujo. En todo caso es un lujo de primera necesidad.

Pero que sea necesaria, que responda a un impulso que late en cada uno de nosotros, que se parezca al juego y al sueño, no quiere decir que sea un

tesoro puesto al alcance de la mano, que cualquiera pueda sin esfuerzo escribirla y leerla. Cunde en los últimos años la superstición irresponsable de que el empeño, la tenacidad, la disciplina, no sirven para nada, y de que cualquiera puede hacer cualquier cosa a su antojo. Eso que llaman lo lúdico se ha convertido en una categoría sagrada, aunque he de confesarles que yo no sé lo que es. Creo que un síntoma de esa tendencia a la pereza y a la falta absoluta de rigor es una repugnante película que se estrenó hace unos años y que obtuvo todos los Oscars posibles. Me refiero a *Amadeus*, de Milos Forman. En ella se nos presenta a Mozart como un joven cretino al que el genio le ha sido concedido por una especie de capricho de Dios. Salieri, que es estudioso, perseverante, concienzudo, resulta ser un fracasado. Mozart, un idiota que no para de reír y de emborracharse y que lleva la peluca torcida se sienta de pronto al clave y compone una música irrepetible. El genio, pues, según



7a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1983.



## Soledad

Entra, y quizá por mucho, en el ámbito del lector un factor relacionado con el grupo de ideas, soledad, retraimiento, retiro y hasta clausura. Tiende el que lee a lo señero. Hay una página de las que más honran al *homo sapiens* en los *Essais* de Montaigne, la dedicada a su biblioteca. Si escrita en prosa, todos los amantes de los libros la trocarán al ir la leyendo en pura fruición poética, entendiéndola por poesía. Describe la torre, donde tenía sus libros, de piso en piso, como de estrofa en estrofa, y cuando llegamos a lo alto se nos entrega, como en un verso final, toda la hermosura del alma contemplativa. Así dice uno de los grandes Migueles de su librería: «Ésta es mi sede. Hago lo que puedo por sujetarla a mi puro dominio, por sustraer este único rincón a la comunidad conyugal, filial y civil». Errará el que tome estas palabras por misantropía y esquividad; rezuman sensibilidad pudorosa, alta delicadeza de alma.

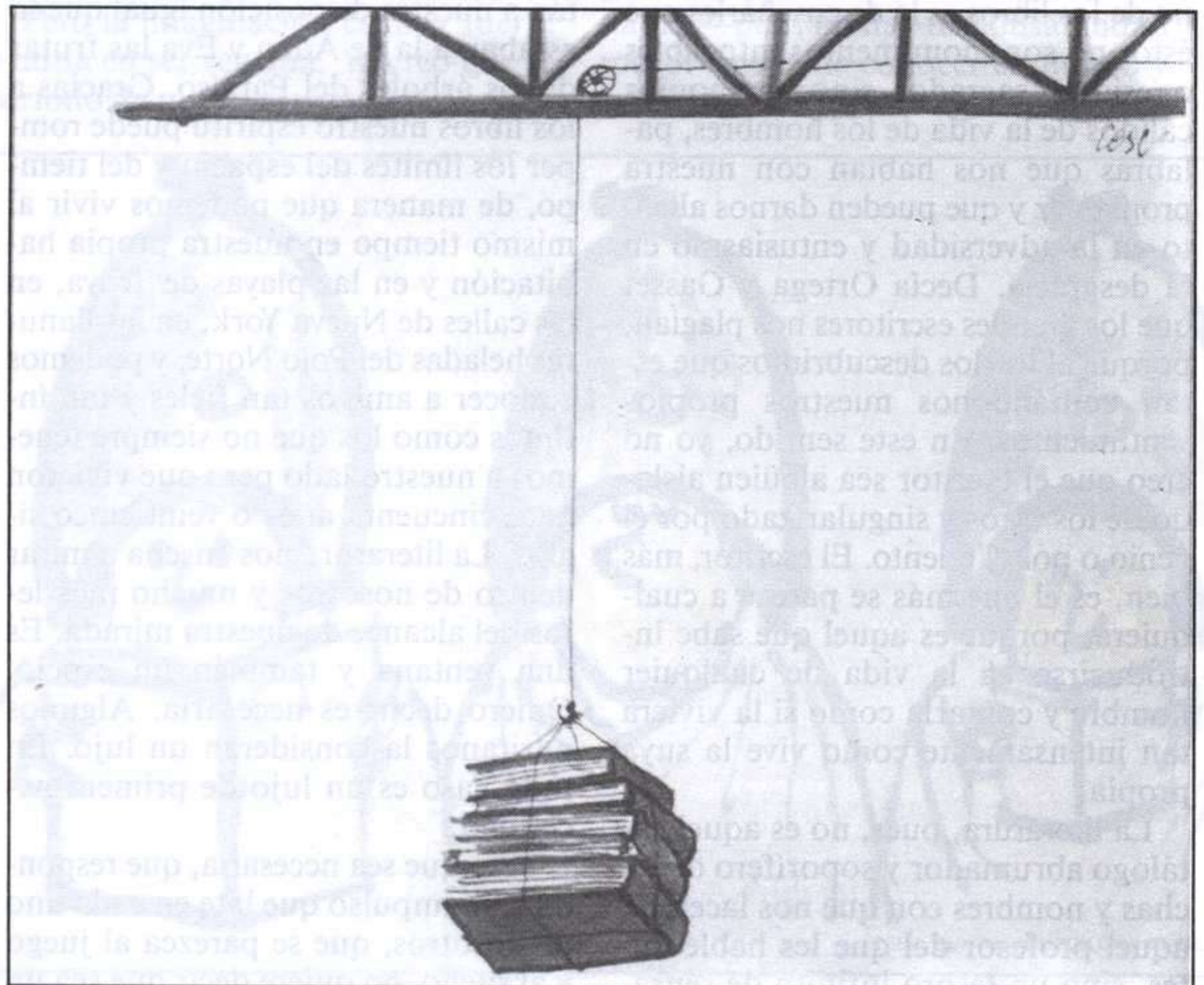
Porque la soledad del lector es más aparente que verdadera, y sólo puede llamarse soledad si se piensa en la compañía de coetáneos, de prójimos de carne y hueso. Entre los variados matices de la situación de soledad, éste del que lee tienta mucho a la curiosidad. Porque representa un estado intermedio entre el estar solo y acompañado; se está solo sin estarlo, y es viva contradicción entre una apariencia y una realidad. Habría que revesar el verso campoamorino, «la soledad de dos en compañía», lastrado de pesimismo escéptico, y convertirlo en «compañía de dos, en soledad», rebotante de creencia optimista.

Larga será la lista de referencias a los libros como una sociedad, grupo, de socios o amigos, siem-

esa película, y según la creencia que se impone en la actualidad, no requiere trabajo ni disciplina, sino nada más que espontaneidad y juventud, y algo de suerte. Pero todos sabemos, aunque de vez en cuando se nos olvida, que las cosas que más instintivamente llevamos a cabo, las que nos parece que nos salen sin esfuerzo, han requerido un aprendizaje muy lento y muy difícil, y que la lentitud y la dificultad nos han templado mientras aprendíamos. Hablamos con naturalidad nuestro idioma, pero nos costó años aprenderlo. Caminamos sin dificultad y sin ser conscientes de nuestros pasos, pero hizo falta que nos cayéramos cientos de veces y que venciéramos el miedo y el vértigo para que pudiéramos andar erguidos por primera vez. Los mayores logros del arte, de la música, de la literatura, incluso del deporte, tienen en común una apariencia singular de facilidad. Pero a ese atleta que en menos de diez segundos corre cien metros ese instante único le ha costado años de entre-

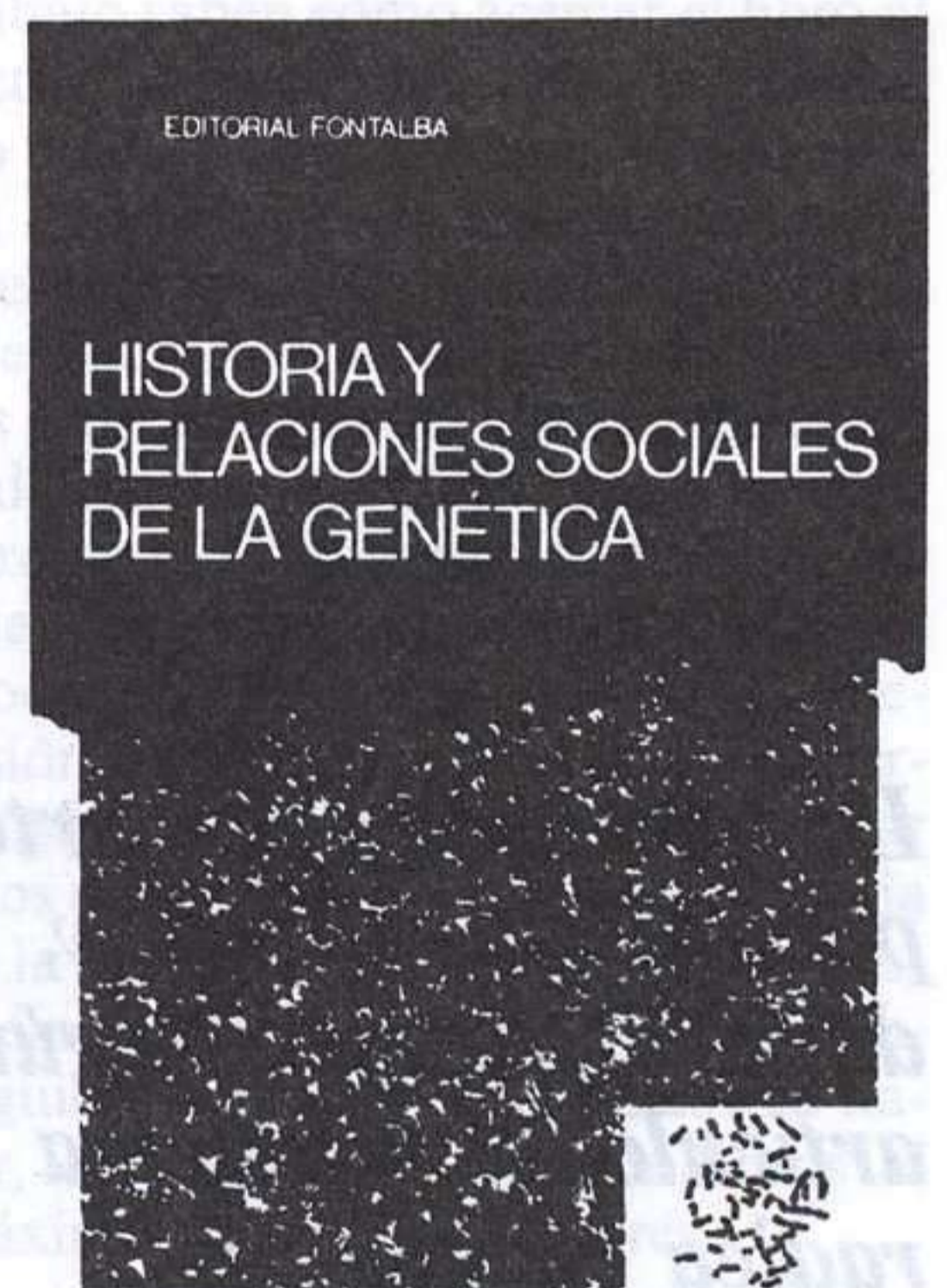
namiento, y ese músico que toca delante de nosotros sin mirar la partitura y ese aficionado que se la sabe de memoria y goza cada instante de música han pasado horas innumerables estudiando aquello que más amaban, negándose al desaliento y a la facilidad. Se nos educa para disciplinarnos en nuestros deberes, pero no en nuestros placeres. Por eso nos cuesta tanto trabajo ser felices.

Aprender a escribir libros es una tarea muy dura, un placer extremadamente laborioso que no se le regala a nadie. Lo que se llama la inspiración, la fluidez en la escritura, la sensación de que uno no arranca las palabras al papel, sino de que ellas van por delante señalando el camino, sólo llega, cuando llega, después de mucho tiempo de disciplina diaria. Esos genios de la novela que andan a todas horas por los bares son genios de la botella más que de la literatura. Y aprender a leer los libros y a gozarlos también es una tarea que requiere un esfuerzo largo y gradual, lleno de entrega y de pa-



15a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1991.

# HISTORIA Y RELACIONES SOCIALES DE LA GENETICA



¿Por qué unas determinadas ideas científicas o ciertas tecnologías surgen en un momento dado?

¿Cuál ha sido la relación entre la genética y la sociedad a lo largo de la historia?

Formato: 21 x 14,5 cm

Páginas: 192

Fotografías e ilustraciones

ISBN: 84-85530-43-8

P.V.P. 778 Ptas. (Incluido IVA)

Pídalo a su librero o  
contra reembolso a:

**Editorial  
Fontalba, s.a.**

Valencia 359, 6º 1ª  
08009 - Barcelona (España)



ciencia, y también de humildad. Pero decía el maestro Lezama Lima que sólo lo difícil es estimulante. Ya sé que todo esto que digo suena a herejía en estos tiempos, y que todo aquel que, en el oficio de ustedes o en el mío, defienda estas convicciones está condenado a la extravagancia o a la marginalidad. Pero también sé que, frente a la mansedumbre, a la codicia y a la zafiedad que quieren ahogarnos, la imaginación y la libertad son las armas más nobles de las que disponemos, y que tampoco pasa nada por predicar en desierto. La mayor parte de las cosas que ahora nos parecen naturales —el derecho a voto, la libertad de expresión, la igualdad jurídica, la jornada de ocho horas— fueron durante mucho tiempo imposibles. Parece imposible que el número de lectores crezca en España y que la gente ame la literatura y haga placentero el trabajo de ustedes, pero vale la pena la temeridad de intentarlo. Porque la literatura no está en esos grandilocuentes actos oficiales, en las conversaciones chismosas de los escritores, en las entrevistas de la televisión. Donde está y donde importa la literatura es en esa habitación cerrada donde un hombre escribe a solas a altas horas de la noche, en el dormitorio de un niño que se desvela leyendo a Emilio Salgari, en el aula de un Instituto donde un profesor sin más ayuda que su entusiasmo y su coraje le transmite a uno solo de sus alumnos el amor por los libros.

*Conferencia inaugural del 1º Simposio de la APE, celebrado el día 8 de mayo de 1990 en el Paraninfo de la Universidad Complutense de Madrid. ■*

\* Luis García Montero es escritor.

Texto extraído de la obra: *¿Por qué no es útil la literatura?*, de Luis García Montero y Antonio Muñoz Molina (Madrid: Hiperión, col. Libros Hiperión, 1993).